

a Julián Marías

Rosa Chacel (Valladolid, 1898), la gran novelista exiliada durante muchos años, desde la guerra civil, contribuye a esta conmemoración del cincuentenario de su comienzo con este poema, transposición lírica del sentido con que revive el tremendo episodio de nuestra historia.

Epístola

Esto, Fabio, que vemos, no es collado
mustio ni campo solitario o yermo: es
borrasca oceánica sin costas, sin faros, sin
estrictos equinoccios que regulen las
noches y los días.

Es también fiebre, espasmos, tors convulsa
recidiva, obstinada, persistente que, desde sus
origenes, aqueja al esférico, errante en la parábola
que marca el pie del tiempo y cruza el campo.

Muchas veces estuvo en tenebrosos
trances, no en marejada tan extensa, tan
incierta, inasible como el agua, como
tromba, tifón o torbellino; sin base, zona
o fuerza detectables.

¡Esto! ¿qué hará la Historia?, los pulquérrimos
códices, las murales perspectivas, los plafones
gloriosos con ingraves deidades o pegasos que
pintaba, no tienen hoy modelo que les preste su
vera imagen neta, delineable... y se queda en
suspenso sobre el álbum su mano magistral, ¡ay!
temblorosa.

Su mano y su acezante aliento trémulo
no cederán a la acomodaticia paz, sujetas a
los cánones exhaustos de la que fue
Justicia, soberana cuyos feudos regiones
abarcaban de altas cumbres y páramos y
ciénagas.

Ese aliento invencible, a un tiempo agónico,
nos corrobora en la incalificable indecisión en
que, al vivir, rodamos sin ley, sin freno al que
llevamos dentro raudal incontenible de deseos.

Ya se acusó bastante a ese torrente, ya
Oriente y Occidente convinieron... Sus
sentencias no sirven, ante el Hoy,
personaje hasta hoy desconocido.

Es tan original, tan venerable su
juventud; el Hoy es tan potente que siendo
oscura y turbia la matriz en que se
autoengendró, hoy es presente el Hoy
sagrado, inmenso, sin contornos, sin
miembros en que puedan esposarlo las
torpes fuerzas que no se detienen en la
meditación, arrobo y éxtasis de su
grandeza y, más hondo, belleza o en
fin, verdad.

Este presente, omnímodo Hoy, que
todo lo ve y todo lo oye, lo goza y lo
padece, lo encariña como propio, lo
abomina y execra y, como propio, siente
más hincado lo detestable, inextirpable
acaso... Este Hoy nuestro, dejando toda
hipérbole, su filiación incontestable es
REAL.

Por esto, ¡oh Fabio! yo, que sólo tengo
la facultad de ver, espectadora atención,
con aliento contenido y discreto silencio
-más difícil de contener a veces- me he
negado a una contribución que, por ser
mía, jamás iría al paso de los doctos.

Tampoco quise, aunque me sea fácil,
jugar con las palabras como pitas
infantiles, deliciosas al tacto de su ritmo,
ofrecerte una elegía a lo que fue el dolor de
nuestra España...

Tampoco pude hilvanar optimistas panoramas: mi hábito es pisar fuerte y temer arenas movedizas. Así, pues, esta epístola te envío -género tan dilecto y genuino-hablándote de aquellas posesiones que se poseen a sí mismas -creo que más justo es decir que nos poseen en su seno inefable- las esencias de lo que es en la tierra. En nuestra tierra te diría si el Hoy me permitiese delimitar rincones geográficos... Pero no he de incurrir en aparente humanismo magnánimo, al estilo de conspicuos, sin fin, benefactores. Mis pecados -que no ignoras- confieso en su soberbia índole y raigambre de personal escrúpulo elitista. Sí, lo perfecto... Sí, lo singular, lo secreto, lo único es mi meta y, aunque suene estrambótico, es mi fe.

Atando cabos, toda esta monserga -abrupta, aunque ceñida a forma clásica-sólo intenta llegar al punto álgido, al punto oscuro, en fin, al que asomados temblamos-con temblores muy diversos-todos, ¡oh, Fabio! todos los mortales por ser mortales, pura y simplemente.

Mas ya que me atreví, surcando el miedo -piélago universal- a decir Fe añadiré; todo lo dicho antes es vano, si no dice lo que calla.

La Fe con la Increencia se debate -como en cualquier humano corazón el amor con los celos- en el ámbito que el tiempo puebla y que la Historia acuña. La mía rueda ansiosa, sin posarse, confiando en su ser inextinguible, sin desechar la ropa milenaria que vistió y que conserva en el almario, resguardada del diente del olvido.

Hoy en día, ante el Hoy que se presenta imponiendo su moda -que es el modo del Hoy irrechazable- refugiada pervive y viste y luce los patrones

que la estulticia -o guerra- dejó intactos.
Castilla en meses, flores en el Sur, heléchos
en el Norte... montes, ríos... en cuanto a
aquellos que se llama tierra.

Además, Fabio, lo que bien conoces,
aquellos que escapó sin alejarse, sin
disiparse, por sus genuinos alcances o
poderes, enredados en el enredo universal:
el ansia -sólo pareja al celo- del Saber.

Perdona ¡oh docto y sabio y caro Fabio!
(este nombre sagrado te confiero, sagrado
como ente de poesía sagrado por secreto y
pertinente -más que los nombres, aunque
verdaderos, concedidos al mundo- al
pensamiento que nos acerca a la cumbre o
abismo, ciudadela de letras, que
guardamos). Perdona pues, con sonrisa
magnánima mi audaz batiburrillo
endecasílabo. Te dije, al aceptar, de mí no
esperes nada sensato; el juego en el estadio
de libertad del verso es mi carrera...

Por suscitar ante tu mente evoco
algo cordial y nuestro y verdadero, el
triste e inmortal mustio collado.

R.C.*

* Real Academia de la Lengua.